

DEL CULTO PÚBLICO.

III.

La oracion, que puede decirse es la emanacion del sentimiento religioso, como el eco del corazon, ya sea que sufra, ruegue, ó prorumpa en alabanza del Criador, es un acto que dejaria ser agradable, y me atreveria á decir, que asciende á los cielos, si por una vergüenza no se ejercita sino en el retiro, y procura do huir de la publicidad.

Es propio del orgullo del hombre ambicionar casi siempre ser honrado con el nombre de algun heroe, de algun rey, y á véces se contenta con solo el de un rico simplemente, sin que en los análes de la sociedad tenga una página manchada. ¡Apénas podrá creerse tan doloroso delirio! Vense todos los dias una multitud, que sin mas bienes que la miseria y el hambre, en medio de su afligida situacion, aún olvida sus martirios entretenida firiendo la historia de sus antepasados, elogiando sus hechos, presentando á sus abuelos

ejemplos dignos de imitacion; y que abueles! acaso los que inundaron de sangre el suelo de alguna nacion; acaso hombres á quienes solo una triste celebridad pudo colocar en algun rango distinguido; sin embargo, una porcion de honra con su nombre, una porcion consagrada mil suspiros á su memoria, y á su tumba falta una flor, una guirnalda, una inscripcion, una huella de lágrimas. Las víctimas de un duelo fratricida, el vengador injusto, el opresor, el malvado en fin, todos tienen amigos: el sepulcro de los primeros raras veces es solitario; los otros, su nombre es pronunciado con respeto, y muy pocos se avergüenzan de penetrar en sus asilos.

Ahora bien: si ese culto arrancado por las pasiones, se tributa públicamente á los hombres, porque se negaria el que en su línea se debe á la Divinidad, inspirado por el noble sentimiento de la piedad y de la gratitud? Por otra parte: es muy racional y puesto en justicia que la satisfaccion sea dada cuanto baste á desagraviar de una falta cometida; así es que haciendo en lo general públicas las ofensas al Hacedor, el testimonio de nuestra retractacion debe ser pública. Además, al que domina los tronos; á aquel que nos ha restaurado el Paraiso

perdido; aquel que nos justificó delante de su padre y dividió su reyno con nosotros, á ser amable y divino ¿no sería justo consagrarle el incienso de un suspiro, si llora el corazón contrito, ó rié con el júbilo santo que inspira la virtud? ¿Sería justo llevar su nombre en silencio, avergonzarse de llamarse su amigo, rehusar la frecuencia de su casa? ¿No sería saltar á la gratitud el falzo rubor de doblar la rodilla delante de él, y pronunciar su nombre con respeto? El imperio de la debilidad de la ingratitud ha hecho que los actos pios sean mirados con el mas insultante desprecio: el orgullo hace diariamente que los blicos, miren como una humillacion al acto de penetrar en los templos. El que no repara en concurrir con frecuencia á la casa de los grandes y adularles elogiando sus maldades, y viéndoles de encubridor muchas veces, se deshonorado asistiendo á las iglesias, venerando los Santos, y huye de aparecer ridículo niéndolos en sus habitaciones.

¡Espantosa maldad que no se cuenta de los idólatras! Todos los pueblos tributan unánimemente á sus divinidades un culto público. Los que las creen en el sol, los que

creen en las plantas, y aun los que las suponen en nosotros mismos, les rinden homenaje públicamente. La idea de este deber, la conviccion de esta necesidad, hizo á la antigua Grecia levantar altares á los dioses que soñó en medio de la embriaguez de sus placeres: mil veces hizo el incienso en los templos, coronando las aras consagradas á sus divinidades voluptuosas. Los bosques de Citerea oyeron los suspiros que los amantes dirigian á Vénus, y muchos doblaron la rodilla delante del raptor de Europa. Numa, el emperador de los Romanos, puso fuego inextinguible en el altar de Vesta y mil vírgenes cuidaban de atizar el sacro fuego. Flora fué engalanada con las flores de los campos, y tambien se le tributaron amarillas lagrimas á la zelosa y vengativa Juno. Se invocó el nombre de Neptuno para templar los vientos, y las olas de la mar embravecida. Del llamado Mercurio se oian las palabras de los dioses; y al que llamaron el divino Apolo se dió la presidencia de las Musas.

El rojo mirto ciñó las sienas de la hija de las ondas; la áurea espiga fué consagrada á Ceres, y en sus manos se ostenta la nacar amarilla.

Ahora bien: si cuando los hombres fueron

presas del sueño letárgico del gentilismo; arrastrados por la funesta ilusión de los placeres fingieron divinidades á su antojo, y creyeron culpable al que no les tributaba adoración; ¿lo sería ménos el que la rehusa á la única verdadera Divinidad de los cristianos? Los héroes del gentilismo; los que han ceñido el laurel sangriento de las batallas, ó el malvado que ha logrado entronizarse á fuerza del crimen: ¿recerá mas bien la adoracion del hombre, que el hombre Dios muriendo por salvarnos? Si multitud adúladora se agrupa en torno del que acaso nos humilla para elevarse, y nos sepulta en la afrenta; ¿huirá de tributar sus homenajes al que se humilló por elevarnos y darnos una dignidad superior á la del ángel mismo que prosternado entre el incienso y argentadas mirras lo adora sin cesar? ¿Nosotros que estamos convencidos quién es, dónde existe, y cuando hemos oído su voz, que nos aconseja, y nos dirige de mil diversos modos?

El unánime consentimiento de los pueblos, los ejemplares que nos presenta la historia, y por último nuestro mismo sentido interior nos convencen de la existencia de ese deber impuesto por el mismo Dios, para él exclusivamente. "No tendrás ni adorarás dioses est

nos delante de mí," le ha dicho al pueblo, que acabándolo de sacar de la esclavitud, y salvándolo aun de la muerte, levantó altares en el desierto á un beserro de oro, á quien ofrecía víctimas, y á quien habia confiado su corazón. La misma naturaleza nos inclina á amar, á publicar el nombre de aquel, de quien hemos obtenido algun favor; y he aquí la razon, por que es un lamentable pecado no adorar públicamente á Dios y á sus Santos, y el verdadero cristiano debe mirar con horror á todos los que blasfeman de impios, ó que se llaman despreocupados. Si hay quien se indigne de llevar el nombre de Dios, ese es un reo, á quien le comprende el terrible anatema del Crucificado "quien me negare delante de los hombres yo le negaré delante de mi Padre, y el que me confesare delante de los hombres, yo le reconoceré delante de mi Padre, que está en los cielos."

Desgraciadamente estas terribles expresiones de Jesucristo, no se recuerdan con frecuencia, ó se desprecian. Se lleva á mal la invocacion de los santos, parece que no tienen prestigio sus reliquias, y el hombre Dios muriendo por el hombre solo obtiene cada dia una renovacion de sus dolores; parece degradante llorar en público á los piés del mártir sublime; su